Colette Soler

FINALES DE ANALISIS

J. Lacan, en una ocasión en la que invocaba, justamente, la enseñanza del psicoanálisis, señala que a menudo uno se limitaba a *“squatterizar”* su enseñanza, es decir, hacerse en ella un alojamiento. Pues bien, de una enseñanza se puede esperar más, y especialmente efectos, si se reconoce, al menos, el estatuto idéntico del psicoanálisis didáctico y de su enseñanza. Este estatuto idéntico depende, en primer lugar, de que psicoanálisis didáctico y enseñanza se hacen por la virtud del analizante, es decir, el sujeto dividido trabajando. El enseñante, decía Lacan, no es el amo, es un sujeto que pone su división a la obra. ¿Cuál? La de decir, y más precisamente la de *“decirse”*, cuando es una cura. Pero esta tarea tiene un límite, el de lo imposible, porque todo no puede decirse. Hay entonces, durante el curso de la cura y a su término, un interrogante concerniente a lo que podríamos llamar la clínica de lo imposible de decir. Por eso, escogí hablar del *acting-out*. Entre aquello que, en una cura, cesa de no decirse—contingencia—y lo que permanece imposible de decir. ¿Cuál es el lugar del *acting-out*?

Hay en la enseñanza de Lacan numerosas evocaciones del par: *pasaje al acto* y *acting-out*. Mi referencia de hoy se encuentra en la reseña del seminario sobre la lógica del fantasma, que precede en un año al del acto analítico. Luego de haber dado (pág. 15 del N° 29 de *Omnícar*) una definición del acto y del pasaje al acto, Lacan señala:

* “To squatter”: ocupar tenemos. [M. de T.]
“Eso deja aparte al acting-out, donde lo que se dice no es sujeto sino verdad”. Ahora bien, en el psicoanálisis, se exige del sujeto que se diga como inconsciente. Eso no es natural, es una tarea que va completamente a contramanera del obrar. Como dice Lacan, del “sacar a la luz el inconsciente al que ustedes están sujetos”. Esta expresión, hay que tomarla casi de la misma manera que cuando se dice: “estar sujeto a desmayos”: es el inconsciente que determina al sujeto el que debe ser sacado a la luz. Sin embargo, hay una ambigüedad en el “decirse”, porque el “se” podría designar tanto al remitente como al destinatario. Puede significar, ya sea “decir lo que es”, ya sea “decir a sí”. Para excluir esta última posibilidad, habría que hacer una falta de ortografía y escribir el “se” del “decirse” con una “c”, la “c” de “ce que c’est”, que por otra parte se vuelve a encontrar en “ca”.

Y bien, la paradoja de la tarea analizante es que se demanda al sujeto decir aquello que es, allí donde no es, es decir allí donde es el inconsciente, el inconsciente que, si se sigue el hilo de la enseñanza de Freud releyda por Lacan, es saber —porque se descifra— pero saber sin sujeto. Es saber sin saber de lo que no se sabe, sin “yo” (“moi. Je”), pero que ademáes es saber que se dice sin saber de decir, porque el sujeto, al que dice “yo” (Je) no puede considerarse ni como el agente de su inconsciente, ni como el agente de su síntoma, de su lapsus o de su sueño. El inconsciente es un saber sólo confirmado por el hecho de que se lo puede leer. A decir verdad, eso quizás no basta, aún hay que agregar que el inconsciente es un saber que se confirma porque su lectura tiene efectos, especialmente efectos terapéuticos. El psicoanálisis no está hecho, como primera finalidad, para ser terapéutico, y en todos los casos, no es una terapéutica como las otras. Sin embargo, la dimensión terapéutica del psicoanálisis es ineludible porque es la que permite confirmar que la lectura del inconsciente tiene un efecto sobre el síntoma. Si no tuviera efecto terapéutico, nada distinguiría el descifrado del delirio. (Ese saber que el sujeto lleva sin poder reconocerse en él, es el que el análisis, paradójicamente, le impone decir). En la escritura del discurso analítico, la fecha que toma por blanco al sujeto divulgado, a → S, nos representa, de hecho, la coerción que es la regla de la asociación libre. La imposición hecha al sujeto de ponerse a decir de modo tal que pueda decir su inconsciente (Y hay que señalar que es un cambio ponerse en esta posición de analizante, porque la posición natural del sujeto, eso que Lacan llama su posición primaria, es la de descartar el inconsciente, de desconocerlo de manera esencial.) Lo que hace lo cotidiano de los seres hablantes es una elección que Lacan califica de elección del “no pienso”, a entender como “no pienso el inconsciente”, que sin embargo es de pensamiento. La posición natural es de “miser”, inscribiendo este juego de escritura la represión del “no soy” que funciona en el inconsciente. Porque cuando el inconsciente habla, el sujeto no es, en el sentido del “yo” (“moi. Je”). Esta represión primaria de los pensamientos del inconsciente, es también una represión de la falta en ser. Hay entonces una resistencia natural, espontánea al inconsciente que hace a lo que se llama la buena salud y en la que el “no pienso” aflora por este trazo: no plantearse preguntas, o demasiadas preguntas. Es, en efecto, un hecho: el neurótico se hace demasiadas preguntas; es que está embarazado por su inconsciente. Porque si el sujeto no piensa su inconsciente, sucede que el inconsciente piensa por él bajo una forma precisa: son las formaciones del inconsciente. A ese sujeto que se pretendería amigo, en la certeza de su ser, le sucede que tiene síntomas más o menos molestos: lapsus, actos fallidos, sueños... El síntoma es un trasfondo del “no pienso”. Viene a trastornar el pensamiento y a la procrastinación del obsesivo bajo la forma de pensamientos parásitos o compulsaiones a ciertos actos. Viene a trastornar el cuerpo de la histórica bajo la forma de lo que Freud llama somatización. Viene a trastornar el dormir bajo la forma del sueño, etc....

El inconsciente le recuerda su existencia al sujeto amo de sí mismo y el psicoanálisis intenta unir a ambos. Y es la transferencia, esa transferencia que Lacan refiere por una parte al sujeto supuesto al saber, la que induce al sujeto a volverse hacia su inconsciente. Es por eso que el psicoanálisis no puede hacerse sin transferencia. El imperativo analítico implica que el sujeto cambie de posición, que quiera renunciar a su “no pienso”. No es que el psicoanálisis tenga por efecto final cambiar al sujeto, es que de entrada supone que el sujeto ha cambiado. Una de las funciones de las entrevistas preliminares es asegurarse de que el sujeto pueda cambiar de posición, pueda ponerse en esa posición que es la del escravo —el esclavo de la asociación libre—, pueda asumir su “no soy”. Nadie, a decir verdad, asume su “no soy”, pero el analizante, en todo caso, acepta hacer la prueba, porque ya la hizo, para su desagrado, en el síntoma. Puede dejar el campo libre, en parte, a la manifestación de esa verdad que habla en las formaciones del inconsciente.

Hay entonces una pregunta de entrada: ¿cómo decir? ¿cómo llegar a decir ese inconsciente que borra el sujeto? Se puede dar primero una respuesta empírica. Hay dos grandes ejes del decir del inconsciente
que son delineados por Freud. Para comenzar, lo que aisló como la serie de las formaciones del inconsciente. El término “formaciones del inconsciente” no es de Freud, pero es el nombre que Lacan dio a la serie constituida por Freud de los lapsus, sueños, síntomas, actos fallidos. Esas formaciones que resultan del trabajo del inconsciente son las formaciones espontáneas del “no soy”. Por otra parte, está la manifestación forzada del “no soy” que es la asociación libre. La asociación libre implica una renuncia que cada analizante experimenta de entrada. Renunciar a controlar sus pensamientos, a gobernarlos. Cuando uno dirige su pensamiento, lo hace por razones múltiples, puede ser por razones de decencia o de lógica, para no decir cosas incoherentes o desplazadas... De hecho, dirigir su pensamiento es siempre gobernarlo por un ideal, es decir censurarlo. Es colocar un significante am (S) en posición de ordenar el “bla-bla” interior. La asociación libre implica renunciar a ello, pero para dejar lugar a otra causalidad, ya que lo que entonces se impone es que esos pensamientos liberados de la censura de la lógica o de las conveniencias, no son sin embargo desbocados, aletorios. He aquí entonces el interrogante: entre esas manifestaciones espontáneas del inconsciente que son las formaciones del inconsciente, y esta manifestación forzada: palabra que deja un lugar al decir de la verdad que el sujeto no sabe, ¿cuál es el lugar del acting-out?

La paradoja del acting-out es que la verdad está allí, pero de modo tal que desde el comienzo los analistas reconocieron en él un malogro a la cura...

Quizás no sea útil volver a partir de Freud, del punto mismo de donde viene el término acting-out. Acting-out es el término que Strachey utilizó para el agieren freudiano en su traducción del texto de Freud “Recuerdo, repetición y elaboración”. La idea de siempre de Freud es que el análisis debe colmar las lagunas de la memoria: digamos que le asigna la tarea de restaurar la complejidad de una historia y lo que le parece conducir al levantamiento de la amenaza es el levantamiento de la represión. El lo recuerda en ese texto: “El fin del análisis, desde el punto de vista descriptivo es completar las lagunas de la memoria, y desde el punto de vista dinámico es vencer las resistencias de la represión”.

Ahora bien, Freud señala que uno llega a encontrar en la cura la siguiente posibilidad: el paciente no tiene ningún recuerdo de lo que olvidó y reprimió, y no hace sino traducirlo en actos. Strachey tradujo acting-out. Ese out no hay que entenderlo como fuera del campo del análisis, no hay fuera del análisis desde que el sujeto entra en la transferencia. Tampoco quiere decir fuera del consultorio del analista, quiere decir, para comenzar, fuera de la esfera de los recuerdos. Diganos más bien, fuera de la esfera de lo que se dice.

Sin embargo, lo que es engañoso, es que el agieren freudiano es mucho más simple, más ambiguo que el uso consagrado del término acting-out. El agieren freudiano, cuando se lee el texto en cuestión, es un modo de la transferencia, la transferencia-resistencia. Lo reprimido no retorna allí en el pensamiento, retorna en la acción, en el hacer, en el actuar. Estamos obligados a interrogarnos sobre lo que Freud llama, en ese momento, lo reprimido. Los primeros textos: La interpretación de los sueños, Psicopatología de la vida cotidiana, etc., nos enseñaron a reconocer en el inconsciente, pensamientos. Pero, aún si en ese momento Freud no había introducido todavía el “ello” que promueve hacia 1920, sin embargo, desde el comienzo esos pensamientos son correlativos de lo que Freud llama nociones pulsionales. Es eso lo que uno encuentra en ese texto donde distingue, al lado de los recuerdos, lo que llama “otro grupo de procesos psíquicos”: son los fantasmas y las emociones conectas. La idea de Freud es que el fin del análisis es trazar a la representación, al pensamiento, a través de la asociación libre, las nociones pulsionales. El se da cuenta, entonces, en ese texto, de que hay una vía que no es la del pensamiento y es eso a lo que llama agieren. Las nociones pulsionales se imponen allí de cierto modo sin pasar por el verbo. Este elemento real y actual cortocircuita el pasado y el recuerdo. Freud ve allí una resistencia, un obstáculo al imperativo del decir. Es una alternativa para el analizante: o bien piensa, o bien actúa su inconsciente.

Para Freud el camino del análisis es pensar el inconsciente, y la eficacia del psicoanálisis pasa por allí. El mantuvo siempre la idea de que la remembraración era una exigencia y un signo a la vez. Entre paréntesis, esto es por otra parte un ejemplo simple de un cambio del sujeto que no es un cambio de la persona: una vez que el sujeto rememoró, puede decir que jamás lo había olvidado. No es el pasado el que cambió, es el lugar del sujeto. Las representaciones de su pasado que había abandonado, donde no se reconocía, vuelve a habitarlas. Por eso Lacan propone escribir souvent en dos palabras (sous-venir), venir bajo las representaciones que el sujeto había habilitado en otro tiempo y que había podido dejar. El matema de la remembraración es el mismo que el de la representación.
En el análisis, produce, reencuentra y expulsa al mismo tiempo los significantes de los cuales se construyó. Por eso el psicoanálisis puede cambiar todo para el sujeto sin cambiar nada en la realidad. Lo que el analizante tuvo, no se rehace. Lo que cambia, por el contrario, es cómo él se sitúa en ella y el sentido que le da.

En Freud etOnes, la cuestión del acting-out hay que tomarla entre tres términos: lo reprimido y su manifestación, sea en el pensamiento, sea en el actuar. El abordaje del problema está considerablemente desplazado por Lacan, aun cuando haya una homología aparente. Lacan formuló la transferencia como dependiendo del sujeto supuesto al saber. El analizante sabe al encuentro del saber inconsciente del que supone que puede devenir sujeto. La suposición de la transferencia es que puede venir allí donde no estaba, pero donde estaba en inconsciente sobre el saber que correspondería en Freud a la rememoración por la asociación libre. La homología proviene de que en este eje del sujeto supuesto al saber, también Lacan le opone otro eje donde la puesta en acto está implicada. Si es el Seminario XI donde la transferencia está definida como la "puesta en acto de la realidad del inconsciente" (de su realidad sexual), y ya no como dependiendo únicamente del sujeto supuesto al saber. En esta puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente que pertenece a registro de la pulsión y del objeto. ¿Podemos reconocer al agíferen freudiano? Señalo, por empezar, que no cabe duda de que la dimensión de reconstitución del pasado depende del sujeto supuesto al saber. Reconstituir su historia es reencontrar la sucesión de las identificaciones del sujeto (S₁, S₂, ..., Sₙ), y en cada etapa, la verdad que allí se anuda. En cuanto al agíferen, hay que decir que en la medida en que es legible, y legible como repetición, no deja de participar en él, también, del mismo registro del sujeto supuesto al saber, sea del descifrado significante. Ahora bien, éste no es el caso, según Lacan, de la transferencia —puesta en acto de la realidad del inconsciente—, que no es repetición y no depende del descifrado. Es una transferencia actual, o más bien sin referencia al pasado, al presente y al futuro, que participa del fuera-del-tiempo de la pulsión, de ese que Freud designa como su empuje constante, digamos su aspecto de goce.
Entonces, en todos los casos de acting-out, anómalamente la verdad entonces habla. ¿Esto se produce casi totalmente al azar? Para Dora, dice su ser en otra parte, allí donde es la otra mujer. Sra. K., o mejor, la elegida de Dios, la Madona. Para la joven homosexual, se hace más demostrativa. Muestra, reemplazándolo, lo que es el amor al que uno aspira. Para el paciente de Kris es un "nada para fíbre" (a aplicar a la interpretación) que entrega la llave de sus reacias, mientras que la supuesta perversión del hombre de las oradoras hace colisión de la castración femenina. Hay entonces una pregunta: ¿cómo situar la diferencia con las formaciones del inconsciente y especialmente con el síntoma, puesto que en los dos casos la verdad aflora al punto de prestarse a la interpretación? A decir verdad, ¿qué no es interpretable? Incluso con la muerte, que es lo más "fuera de sentido" que existe, basta agregar un segundo significante, muerto por Francia, e inmediatamente es una interpretación. El acontecimiento más "fuera de sentido", lo más real, toma lugar en el registro significante. Ustedes pueden decir "muerto como un perro", el efecto no será el mismo, pero será también un efecto de verdad. Evidentemente no toda interpretación es de este tipo y en el análisis, para estar correlacionada al deslizado, se la mide por su alcance, según de o no en el blanco, por sus efectos en el sujeto. Ahora bien, es un hecho de experiencia que la interpretación del acting-out, aunque posible, no es admisible para el sujeto, y esto por falta de subjetividad. Vuelvo entonces a la frase del comienzo: "quien dice no es sujeto". Situemos la diferencia con el síntoma bajo transferencia. Ella puede describirse clínicamente.

Por empezar, del síntoma el sujeto se queja, carga con su molestia y más aún, con su pregunta. Por el contrario, del acting-out no se queja. Pasa incluso desapercibido y a menudo parece relatado como por casualidad y sin que se plantece la pregunta por su sentido. Por otra parte, el síntoma, aunque es opacidad, es una "opacidad subjetiva", para tomar una expresión de J. Lacan. Es reconocido por el sujeto por ocultar una parte de su verdad, puesto que él se interroga con un "¿quién quiere decir?" dirigido a veces al analista. En una palabra, se lo supone legible. Nadie de todo esto para el acting-out. El sujeto no sabe lo que ese dice, ni siquiera que eso diga. El acting-out habla, pero de hecho tan bien en impersonal que el sujeto desconoce, habituamente, que eso tenga sentido. En este, está más cerca del síntoma fuera de transferencia. El sujeto allí ni siquiera está como denegador, siendo la negación, según el mismo Freud, su modo de estar presente en
inconsciente", del lado de su ser petrificado o dudativo, o los dos a la vez. El no tiene el sentimiento de su vacío, pero tiene un fuerte sentimiento de no existir, de estar lejos, separado de la vida que va a la par con su posición de ser en la petrificación. El segundo, agrega al vacío el sentimiento de su "no soy". Yo diría que, por estructura, el obsesivo oscila, preferentemente, entre inhibición y pasaje al acto —lo que no quiere decir que uno no encuentre acting-out en la neurosis obsesiva—, mientras que la historia está más sujeta al acting-out. Creo que esta constatación fenomenológica es bastante coherente con la posición del sujeto que está implicada en los dos casos.

La posición obsesiva consiste en obrar la inconsistencia del Otro allí donde no hay significante en el Otro, en cubrir todo lo real con el significante. ¿Qué deviene entonces lo real fuera del significante, que sin embargo existe? Pasa al acto, a menudo irrupcionadamente, siendo sus formas extremas ya el suicidio, ya el acto criminal. El punto de inconsistencia del Otro inspira al sujeto obsesivo odio y terror: el intenta cubrirlo con la marea de su trabajo mental y con sus inhibiciones, pero ellas se desgarran en la irrupción del pasaje al acto.

El histérico es el sujeto mismo, el sujeto dividido, el inconsciente en ejercicio. Su relación a la verdad y al sentimiento de su división puesto en el lugar del semblante, difieren totalmente; es eso lo que escribe el discurso histórico: $S_2 \rightarrow S_1$

$$\alpha \rightarrow S_2$$

El sujeto dividido está en el lugar del agente, en el lugar del que ordena, para un beneficio que es de producción de saber. Pero allí hay como un fingimiento del discurso. El sujeto histérico parece pedir el saber, pero lo que quiere es el ser, el ser que a la vez falta —falta en ser— y desaña —pregunta—. Su forma de remediar la falta de ser, es el lazo social por el que intenta aflojarse en el vacío del Otro. Es necesario una estrategia (intra, dice Lacan) marcada por un lado por su obsesión de ser excluida, excluida de las casas, de las familias, de los corazones, de las asociaciones, etc., excluida del otro por su intolerancia feroz respecto de todo lo que puede obrar esa falta del Otro. En cuanto al desafío, el histérico, y sobre todo el histérico en análisis lo sostiene hasta el final. Se hace el héroe (con mayor frecuencia, heroína) de esta verdad; su ser es incontenible en ese acto, colocado en el lugar insalvable de la verdad insalvable; lo que escribe la línea inferior del discurso histórico.

Y bien, el acting-out me parece ser por excelencia, en la historia, el instrumento clínico de ese desafío: una ficción que da a leer esa verdad que, del ser, queda fuera de las capturas del ser, y que es a la vez "pito catalán" y llamado al saber. Es acting-out del ser, en búsqueda del "partenaire que tiene oportunidad de responder".